

“QUIZÁS LA FIGURA DEL ACADÉMICO DE IZQUIERDA RENUENTE A ‘MANCHARSE’ CON LA POLÍTICA SE VUELVA UNA RELIQUIA DEL PASADO”

ENTREVISTA A JUAN CARLOS UBILLUZ

Nayeli Nicole Loero Maticorena
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
nayeli.loero@unmsm.edu.pe
<https://orcid.org/0009-0003-8336-8619>
DOI: <https://doi.org/10.36286/mrlad.v3i6.291>

Juan Carlos Ubilluz (1968) obtuvo su doctorado de Literatura Comparada en la Universidad de Texas en Austin y actualmente es profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Su obra estudia, desde el psicoanálisis, la economía libidinal en el cine, la literatura, la sociedad y la política. Entre sus publicaciones, destacan *Sacred Eroticism. Georges Bataille and Pierre Klossowski in the Latin American Novel* (Bucknell, 2006), *Nuevos súbditos. Cinismo y pervisión en la sociedad contemporánea* (Instituto de Estudios Peruanos, 2006), *La venganza del indio. Ensayos de interpretación por lo real* (Fondo de Cultura Económica, 2017), *Sobre héroes y víctimas. Ensayos para superar la memoria del conflicto armado* (Penguin Random House 2020) y *Sin odiar al enemigo. El ascenso de la ultraderecha latinoamericana* (Penguin Random House, 2026). Además, es coautor de *Contra el sueño de los justos: la literatura peruana ante la violencia política* (Instituto de Estudios Peruanos, 2009) y editor y coautor de *La pantalla detrás del mundo. Las ficciones fundamentales de Hollywood* (Red, 2012). Ha publicado la novela *No tengo nada que ver con eso* (Penguin Random House 2017).

En su libro explica cómo la Derecha Radical Populista (DRP) va en ascenso en toda Latinoamérica. Ante este tipo de gobiernos, ¿cuáles son los riesgos de censura que enfrenta el investigador académico de izquierda?

La censura directa (la prohibición) siempre es una posibilidad ante la que hay que estar alerta, pero, por lo pronto, estimo que el riesgo mayor es la censura indirecta. Por ejemplo, en EE. UU., existe una desfinanciación para los proyectos de DEI (Diversity, Equality, Inclusion). Más precisamente, la censura indirecta para el investigador de izquierda implica el corte de financiamientos para proyectos de corte clasista/progresista, así como la renuencia de las editoriales a publicarlos.

Por supuesto, con respecto a la educación escolar o universitaria, la censura directa ya es un hecho en EE. UU., donde existen leyes que restringen la educación de género y de raza. Y qué decir de Hungría, donde la intervención de Viktor Orbán ha obligado a la Universidad Central Europea a mudarse de Budapest a Viena.

Sin embargo, volviendo al investigador de izquierda, la censura indirecta puede ser igualmente efectiva que la directa, de manera que nuestro investigador (si es consistente y tiene algo de rebeldía en la sangre) se verá obligado a intervenir mucho más en el campo político. Quizás la figura del académico de izquierda renuente a “mancharse” con la política se vuelva una reliquia del pasado.

Su trabajo como investigador y profesor tanto en la UNMSM como en la PUCP le permiten analizar la reacción de las nuevas generaciones ante estos cambios sociales. Por un lado, San Marcos suele ser percibida como una universidad que cuestiona las clases sociales, mientras que la PUCP ha priorizado los estudios de género. ¿Cómo percibe usted el criterio de los jóvenes ante la “batalla cultural”? ¿Existen diferencias dentro de una educación superior privada y pública?

Mentiría si digo que tengo el suficiente conocimiento para responder a esta pregunta. Solo puedo decir que he visto, en la PUCP, varios trabajos que realizan críticas desde el marxismo al neoliberalismo, así como he visto, en la UNMSM, un buen número de trabajos que emplean la teoría de género o la teoría poscolonial. No obstante, dado que ya van más de 30 años de neoliberalismo y que este se ha vuelto una suerte de sentido común general, se podría explorar la hipótesis de que existe un descenso en ambas universidades de la perspectiva de clase.

En la actualidad, las redes sociales se han convertido en una herramienta de polarización política. Dentro de esta cámara de eco, las perspectivas de nuestros “enemigos” son rechazadas o ridiculizadas sin pasar por un análisis detenido. ¿Cómo considera que se desenvuelve su libro dentro de estos espacios?

Supongo que, desde el punto de vista de la hegemonía, puede ser una estrategia fructífera ridiculizar al enemigo si este es débil o si se encuentra en los márgenes. Pero cuando este ha incrementado tanto su fortaleza y amenaza con instaurar una nueva hegemonía (la de un neoliberalismo radicalmente conservador), dicha estrategia es un error. Es más, la posición progresista “refinada” que se burla de la “vulgar ignorancia” de la ultraderecha, o la ignora con ironía autosuficiente, es francamente suicida. Por el contrario, *Sin odiar al enemigo* aborda a la ultraderecha en serio, busca conocer sus ideas, sus estrategias y sus fortalezas para poder combatirla mejor. Entre otros libros, como los de Pablo Semán en Argentina o de Alberto Toscano en EE. UU., es el necesario paso para atrás reflexivo antes de animarse a dar un certero salto para adelante.

Los intelectuales de la ultraderecha latinoamericana, como Axel Kaiser, reescriben la historia como un mecanismo para justificar el colonialismo y otras formas de opresión. ¿De qué manera evidencia usted este cambio de narrativa al interior del contexto peruano?

Hay personas como Víctor Andrés Ponce, director de *El Montonero*, o el divulgador de historia, Rafael Aita Ramírez (más conocido como Capitán Perú), que sostienen que el Virreinato fue la edad de oro peruana. Para ellos, el Virreinato no fue solo un periodo de esplendor económico y cultural, sino un modo de gobierno que supo acoger mucho mejor que la República las demandas de las comunidades indígenas. El proyecto de la ultraderecha, en el Perú, implica rescatar la desprestigiada idea de que colonización española trajo a América una mejor civilización. En ese sentido, es enemigo de los enemigos de la colonización: del indigenismo y del socialismo, y más aún, del indigenismo socialista. En realidad, no hay mucho de nuevo en este proyecto. Es una nueva-vieja variante hispanista de una nueva edición de la rehabilitación del imperialismo eurocéntrico.

¿Considera que esta manipulación de la información se ha intensificado gracias a las redes sociales o, por el contrario, se ha debilitado ante la variedad de perspectivas y voces?

Es una buena pregunta que no sé muy bien cómo contestar, pero diré lo siguiente: durante la última década del siglo XX y los primeros 15 años del siglo XXI, muchos teóricos asociaban las redes sociales con la izquierdista “anarquista”. Michael Hardt y Antonio Negri creían que las redes potenciaban el movimiento político de la multitud sin partido. Y Manuel Castells, por su lado, veía una sinergia entre un internet sin centro y las manifestaciones acéfalas de Los Indignados y Occupy Wall Street.

Hoy en día, sin embargo, advertimos que la ultraderecha ha conseguido aprovechar mejor estas redes a través de una serie de *influencers* políticos, así como con el empleo de granjas de *bots*. Creo que la vieja teorización sobre las redes y la izquierda “anarquista” no consideró que la derecha podía desenvolverse bastante bien en el espacio informático debido a su mayor financiamiento. Y creo también que la derecha está teniendo cierto éxito en trascender su burbuja de información. No porque sean necesariamente más creativos, sino porque, por lo general, los movimientos de derecha tienen una gran ventaja sobre los movimientos de izquierda: no tienen que luchar contra los elementos represivos del capital; por el contrario, a menudo reciben su apoyo tácito o explícito.

En su libro Sobre héroes y víctimas (2021), sugiere que la izquierda se ha alejado de la narrativa heroica de la revolución para inclinarse a una posición de protección de las víctimas. Desde su punto de vista, ¿de qué modo debería posicionarse la izquierda para distanciarse de la victimización y, en consecuencia, marcar una diferencia con la derecha?

Creo que la izquierda debe orientarse nuevamente hacia el heroísmo, dado que esta época (así como las anteriores) lo exige. Las batallas no se ganan sin individuos y colectivos que “no ceden en su deseo”, como gustaba calificar Jacques Lacan al héroe trágico. Ni la justicia social ni las buenas nuevas ideas ingresan al mundo sin una buena cuota de heroísmo. Pero también es cierto que es muy necesario construir culturalmente un nuevo concepto de héroe.

A continuación, daré solo cuatro pincelazos sobre el tema. Primero, hay que apartarse de la idea de que el héroe es aquel que se sacrifica, que paga con su muerte. No, el héroe es simplemente aquel que arriesga su vida en nombre de un Bien superior a él. Tanto los doctores que murieron en la pandemia atendiendo a los infectados con la covid-19 como los doctores que no murieron atendiendo a los mismos, son, para mí, héroes. Un héroe no es un mártir. Es alguien que busca la vida mientras pone el miedo a la muerte en el asiento del copiloto. Segundo, hay que desfetichizar al héroe. El héroe no es únicamente un individuo excepcional que sostiene un deseo más allá de su instinto de supervivencia. El héroe es formado y sostenido por muchos otros; es un resultado, más que una causa. Habría que rescatar, entonces, el tema del colectivo de individuos heroicos, de individuos que se hacen fuertes a partir de un colectivo guiado por el deseo de un mundo mejor. Tercero, hay que poder separar al héroe del paradigma del soldado y buscar colocarlo en otros lugares: el médico, el artista, el colectivo de individuos singulares, el colectivo de mujeres, etc. Hay que comenzar a pensar que el heroísmo es el producto de un conjunto de relaciones y que no necesariamente implica matar. Finalmente, es posible que el heroísmo político deba encontrar una nueva narrativa política. La narrativa de la revolución ha perdido mucha fuerza en el mundo. Algunos dicen que hay que resucitarla; otros, que no se puede resucitar un muerto. En cualquier caso, la izquierda necesita una narrativa utópica. Sin ella, los jóvenes inconformes se extravían en las utopías-mercancías del consumismo contemporáneo, y el heroísmo político resuena como un concepto totalitario o se extravía en el martirologio.

Hace unos meses, en una entrevista, mencionó que el declive de la DRP puede comenzar por el fracaso de EE. UU. en la guerra con Irán. ¿Cuál es su posición actual con respecto a esta coyuntura bélica internacional? ¿Qué repercusiones anticipa para la DRP en Latinoamérica?

La DRP y todo movimiento político se sostiene de dos tipos de éxitos: el éxito electoral y el éxito en el gobierno. La elección y la reelección de Trump le han dado un espaldarazo a las opciones de la DRP en el mundo. No es poca cosa que el país más poderoso del planeta acepte como suya la fórmula: neoliberalismo económico, política cultural conservadora. Pero si Trump fracasa en Irán, como parece haber fracasado en la guerra de los aranceles, perderá las elecciones de noviembre. Doble derrota: derrota en el gobierno y derrota electoral. Sumado al fracaso económico de Milei en Argentina, la doble derrota en Irán puede hacer que la DRP parezca inviable como solución política para América Latina.

Y sin ser optimista, sino más bien realista, creo que es muy posible que EE. UU. acabe perdiendo la guerra con Irán. Por el momento no ha alcanzado ninguno de sus objetivos: impedir que Irán tenga armas nucleares y cambiar su régimen teocrático. Todo lo contrario, este régimen se encuentra más legitimado que nunca y encima ahora sabe que el desarrollo de un arma nuclear es clave para su supervivencia. Además, la cereza en el pastel tiene que ver con que la guerra iniciada por Trump ha creado un nuevo problema: el cierre de los estrechos de Hormuz y Bab el-Mandeb ha puesto en peligro la economía mundial, que ya estaría en una grave recesión si China no hubiera recurrido a sus reservas de petróleo.

Dudo que EE. UU. envíe tropas a Irán, pues Trump y el país entero teme otro Irak u otro Vietnam, y, al menos por el momento, rechazan la idea de recurrir al empleo de armas atómicas. Si bien nunca se puede predecir al 100% lo que trae el futuro, creo que Trump perderá esa guerra que nunca debió iniciar. Y luego perderá las elecciones parlamentarias de noviembre de este año y, como consecuencia, el impulso ultraderechista se debilitará en el partido republicano y también en América Latina.

¿Cuáles son sus intereses a futuro con respecto a la investigación? ¿Tiene planeado estudiar otros aspectos de nuestro panorama político?

Mis intereses a futuro oscilan entre el cine y la política. Con respecto a lo último, quiero estudiar la hipótesis de que la ultraderecha y el wokismo son dos caras de la misma moneda. Ambos comparten más de lo que se piensa. Además del neoliberalismo económico como un principio

de realidad, ambos comparten un puritanismo moral con respecto a lo sexual. La ultraderecha rechaza los derechos reproductivos, el enfoque de género y el matrimonio homosexual, mientras que el wokismo sospecha fuertemente de la masculinidad y de su poder en las relaciones sexuales. En ambos casos, el sexo es visto como peligroso: puede desviarse hacia la homosexualidad o consumir las prerrogativas heterosexistas. Otrora algunos exponentes de la Escuela de Frankfurt apostaban por la emancipación sexual contra la personalidad autoritaria. Hoy se necesita una nueva emancipación sexual contra esta misma personalidad, pero también contra los intentos de someterlo a un escrutinio moral hiperigualitarista que lo despoja de su lado “vulgar”, “obsceno”, lujurioso.

No puedo ahondar en esto último (lo cual tendrá el efecto de hacerme ver como un machista de las cavernas), pero la crítica a la ultraderecha y al wokismo es un primer paso para poder pensar en una nueva política de emancipación que sepa explotar y urdir alternativas desde los agujeros de un presente enmarcado por el ultraneoliberalismo y un puritanismo con dos cañones.